

«Ecrasez l'infâme!»
Cristianismo e historia de Occidente en Nietzsche

JOSÉ EMILIO ESTEBAN ENGUITA
Universidad Autónoma de Madrid

Si nos preguntamos por el papel jugado por el cristianismo en la historia de Occidente tal y como la interpreta Nietzsche a lo largo de su obra, se ha de tener muy presente la cesura que, en el desarrollo de su pensamiento, significó la elaboración y publicación de *Humano, demasiado humano*. Este libro no sólo es la primera piedra del edificio genealógico que irá construyendo durante poco más de una década¹, sino que también expresa el viraje y el nuevo rumbo que tomaría tanto su vida como su proyecto filosófico. Comienza su vida nómada y su búsqueda de una 'filosofía del futuro', y deja atrás su metafísica de artista y el ideal de cultura trágica, intento fallido de responder a la pregunta '¿qué es (o significa) lo dionisiaco?'. Nietzsche replanteará radicalmente esta cuestión determinante de su pensar, y este replanteamiento afectará a todos –o a casi todos– los conceptos y los problemas relevantes de su geografía filosófica, y entre ellos, como no podía ser menos, a la contribución del cristianismo a la identidad y desarrollo histórico de Occidente. Al comparar su primera obra publicada, *El nacimiento de la tragedia*, con una de las últimas, *El Anticristo*, que por fortuna no pudo ver de qué modo salió a la luz pública, no es difícil apreciar el contraste entre las dos formas de comprender la posición del cristianismo en la historia de Occidente: de «un profundo, hostil silencio contra el cristianismo»² a reconocer en él la gran maldición, la gran corrupción, el mayor instinto de venganza, la catástrofe, la peor fatalidad, «la *única* inmortal mancha deshonrosa de la humanidad»³. Que una obra furiosa y excesiva como *El Anticristo*, y no la abandonada 'obra capital' que en 1887 pensaba que le llevaría no menos de diez años, cumplimente en el plano de la teoría la transvaloración de todos los valores,

¹ Cf. GM, KSA V 248.

² EH, KSA VI 310.

³ AC, KSA VI 253.

expresa con elocuencia el carácter crucial, fundamental, decisivo, que acaba teniendo el fenómeno del cristianismo para Europa, su historia y para el hombre occidental. En el recorrido de su pensamiento se observa cómo lleva a cabo una sustitución en la antítesis de Dioniso: el Crucificado ocupa el lugar de Sócrates, el cristianismo el de la cultura socrático-alejandrina. En todo lo que simboliza la cruz se alcanza la máxima oposición a la afirmación extrema representada por Dioniso, pues en ella la negación de la vida logra su mayor intensidad y su más acabada perfección⁴.

La genealogía es un método y un arte de interpretar, ciencia y filosofía conjugadas de un modo peculiar. En su dimensión histórica, es decir, como ciencia histórica, su color es gris y sus compañeros son el archivo, los documentos y lo efectivamente comprobable⁵; pero como hermenéutica filosófica aparece con colores más vivos, aquéllos que pigmentan la determinación del sentido y la asignación del valor, el quién que interpreta y que establece jerarquías impartiendo justicia o, lo que es lo mismo, fijando la 'verdad'⁶. Método científico y sabiduría aristocrática son entrelazados por la genealogía: el sentido histórico cultivado con los métodos de la ciencia aleja a la nueva filosofía de la vieja y ya inadmisibles metafísica; y la veracidad, como capacidad de los menos para establecer el criterio de verdad, la separa del científico como obrero especializado, como erudito necesario pero estéril, y de las filosofías 'científicas' o 'positivas'. Si aplicamos la genealogía a Occidente, o a Europa, preguntamos por su origen, por el linaje al que pertenece, por las circunstancias que marcan su procedencia y sus transformaciones; y por el valor de todo ello, de la totalidad del proceso aún inconcluso y por lo tanto abierto, de su historia, cuya radical puesta en cuestión para la que los tiempos comienzan a estar maduros la convierten en algo todavía por decidir. Y poco a poco, desde la *Cuarta consideración intempestiva*, se va abriendo paso en la mente de Nietzsche la verdad de la historia de Occidente, que nos dice que su linaje y su procedencia son el cristianismo, que éste representa su fatal circunstancia determinante, que el hombre occidental está formado por el fenómeno histórico del cristianismo, que éste marca la pauta decisiva de su desarrollo, de su devenir decadente y nihilista, que Grecia (filosofía) y Roma (derecho) son occidentales y, por lo tanto, partes de nuestra identidad, en

⁴ Cf. Deleuze, G., *Nietzsche y la filosofía*, tr. Carmen Artal, Anagrama: Barcelona, 1986, pp. 25-28.

⁵ Cf. GM, KSA V 254.

⁶ Sobre el cambio del 'qué' por el 'quién' como forma de preguntar característica de la hermenéutica nietzscheana, cf., por ejemplo, JGB, KSA V 15; sobre la idea de verdad como justicia, cf. HL, KSA I 285-288.

tanto que interpretados bajo la óptica cristiana, que el punto de vista del cristianismo es el fundamental para comprender qué es lo que ha llegado a ser Occidente y la posibilidad de su auto-superación, que, en definitiva, y yendo más allá de la historia de Occidente hasta elevarse a la Historia Universal, el descubrimiento de la moral cristiana «es un acontecimiento que no tiene igual, una verdadera catástrofe. Quien hace luz sobre ella es una force majeure, un destino, – divide en dos partes la historia de la humanidad»⁷.

El cristianismo acaba siendo para Nietzsche el acontecimiento decisivo que articula el despliegue del ‘espíritu occidental’. La historia de Occidente, sin el cristianismo, es sencillamente incomprendible. Como religión sacerdotal y consecuencia lógica del judaísmo⁸, es la forma que el ideal ascético, el gran educador del género humano, ha adoptado en Occidente, conduciendo con férrea mano su civilización (también perecerá por su propia mano). Como dogma, como moral y como institución eclesiástica, la invención de san Pablo ha dejado impresa su marca en todas las más egregias producciones culturales de Occidente, en el arte, la ciencia, la filosofía. También en la política y, en general, en el modo como el hombre occidental se ha comprendido a sí mismo y ha construido su identidad. En Occidente, nihilismo y cristianismo son inseparables y caminan juntos abrazados, pues la lógica cristiana es una lógica nihilista y, como religión de la compasión, el cristianismo es la «praxis del nihilismo»⁹. Como lógica nihilista, el cristianismo recoge en su seno todas las formas de la *décadence*, las ordena, las potencia y les otorga el poder: esto es lo que hasta ahora ha constituido el significado de Europa¹⁰. Aunque ya hay claros indicios antes, al menos desde el *Zaratustra* la historia de Occidente es la historia del cristianismo y por ello la del nihilismo. El peralte metafísico que hace la interpretación heideggeriana de Nietzsche ignora o simplemente no considera que el ser de Occidente no descansa en la filosofía (metafísica), sino en la religión y en la moral (cristianismo), y que la filosofía y el filósofo son vástagos de la religión y del sacerdote ascético. En consecuencia, la razón de ser del nihilismo hay que buscarla no tanto en Platón y el platonismo, sino en la interpretación cristiano-moral del mundo.

Aunque el cristianismo sólo ira adquiriendo un papel relevante desde *Humano, demasiado humano* y sólo alcanzará una posición crucial en su filosofía y en su interpretación de la historia de Occidente desde su

⁷ EH, KSA VI 373.

⁸ Cf. AC, KSA VI 191 y 219.

⁹ Ibid., p. 173.

¹⁰ Cf. ibid., p. 231.

Zaratustra, tiene una primera aparición digna de mención respecto al proceso histórico occidental en la *Intempestiva* que dedica a Richard Wagner. En esta obra se comienza a romper ese silencio hostil contra 'la cruz', pues en ella Nietzsche establece el lugar que ocupa el cristianismo en su concepción de Occidente, señalando la dirección que tomarán sus ulteriores investigaciones y anticipando el carácter determinante de este acontecimiento para la comprensión del proceso histórico que se consuma en la modernidad, la era en que sucede el acontecimiento de la muerte de Dios. En esta alabanza a Wagner ya no habla Nietzsche de la oposición establecida en *El nacimiento de la tragedia* entre la consideración teórica del mundo y la trágica, entre Sócrates y la tragedia, como el fundamento del proceso histórico; ahora, la evolución de la cultura occidental desde los griegos se explica como la lucha entre dos principios: lo helénico y lo oriental. La helenización del mundo y su premisa, la orientalización del helenismo, cuyo artífice es Alejandro Magno, es la clave de nuestra historia. La potencia que representa lo oriental es la vencedora y quien ha determinado la marcha de la historia; y, en este proceso, la obra de Alejandro Magno es consolidada y llevada al triunfo absoluto no por Roma, sino por el cristianismo, un pedazo de Antigüedad oriental llevado hasta sus últimas consecuencias por extremistas y radicales¹¹. Por ello, si en la época moderna aparecen cada vez más signos que apuntan a la debilidad y pérdida de eficacia de la interpretación cristiana del mundo, cabe esperar para Nietzsche un resurgimiento de lo helénico en su época, llevado a cabo por la actividad genial de un hombre llamado Wagner, la antítesis por excelencia de Alejandro Magno.

Pero demos un salto en su obra. *La genealogía de la moral*, el triple tratado de un psicólogo considerado como un preliminar para la transvaloración de todos los valores, sienta por primera vez las bases de una psicología del cristianismo, de la conciencia y del sacerdote¹². También puede entenderse como el esbozo de un proyecto más amplio: tomando como aspecto fundamental la moral, lleva a cabo de un modo muy general una interpretación de la prehistoria y de la historia de la humanidad, una reconstrucción del vasto proceso consistente en las transformaciones mediante las cuales el animal humano termina por convertirse en 'hombre'. La genealogía se transmuta en etnología y teoría de la historia. Hay que mirar muy lejos en dirección al pasado para comprender cómo las cosas han llegado a ser como son, cómo, por ejemplo, el sujeto 'autónomo', 'libre', 'responsable', o cómo

¹¹ Cf. WB, KSA I 446.

¹² Cf. EH, KSA VI 352-353.

el individuo, son productos tardíos de un desarrollo dominado en su mayor parte por la 'eticidad de la costumbre' o por el animal gregario, el grupo, el rebaño, la 'comunidad'¹³. Ya no es que el hombre haya sido siempre el mismo, como suele creer el filósofo metafísico, sino que ni siquiera siempre ha sido como en los últimos siglos, como siguen pensado erróneamente muchos que incluso se atribuyen sentido histórico. En términos de una historia de la moral, el paso de la prehistoria a la historia de la humanidad viene determinado por la aparición de esa fatalidad azarosa e imprevisible llamada 'mala conciencia' (*schlechtes Gewissen*)¹⁴. Con ella, resultado de la violencia terrible y organizada de una horda de guerreros que constituyen el Estado, el hombre adquiere profundidad; su 'instinto de libertad' (voluntad de poder), sus instintos en general, reprimidos en su manifestación externa, se vuelven hacia dentro, se interiorizan. La crueldad vuelta hacia atrás o, lo que es lo mismo, la voluntad de poder dirigida no hacia lo otro sino hacia uno mismo, es la fuerza modeladora que genera el 'alma', el 'espíritu', la 'autoconciencia'. En la mala conciencia anida la mayor dolencia del ser humano, su más terrible enfermedad, el sufrimiento del hombre por sí mismo, pero también la singularidad de esta especie, la belleza, la posibilidad de la gran afirmación y la gran salud, «algo tan nuevo, profundo, inaudito, enigmático, contradictorio y *lleno de futuro*, que con ello el aspecto de la tierra se modificó de manera esencial»¹⁵.

Desde el punto de vista de la génesis del hombre, de una concepción genealógica que abarca la prehistoria y la historia de la humanidad, la evolución de una a otra y los procesos y cambios contenidos en ella, el «Segundo tratado» de *La genealogía de la moral* desempeña el papel de fundamento respecto a los otros dos: tanto el resentimiento («Primer tratado») como el sacerdote y el ideal ascéticos («Tercer tratado») presuponen la irrupción de la mala conciencia a partir de la violencia brutal implicada en la aparición del Estado y las grandes civilizaciones. Al resentimiento le antecede la represión y la coacción violenta de la casta conquistadora: el profundo rencor del 'espíritu de venganza' ha de brotar del suelo en que germina una voluntad impotente que no puede desahogarse hacia fuera, esculpiendo de esta manera el mundo de acuerdo

¹³ Cf. GM, KSA V 293-294. También, cf. los párrafos de *Aurora* a los que el mismo Nietzsche nos envía en este lugar citado de GM (M §§ 9, 14 y 16); y los fragmentos póstumos KSA IX 487-488 y 509-514.

¹⁴ Sobre la génesis y la naturaleza de la mala conciencia, cf. GM, KSA V 321-327. Para un profundo y preciso análisis de la misma, cf. Valadier, P., *Nietzsche y la crítica del cristianismo*, tr. E. Rodríguez Navarro, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1982, pp. 206-214.

¹⁵ GM, KSA V 323.

con su querer, que es poder, y que se gira hacia sí misma, maltratándose y ganando profundidad, astucia, conocimiento. La actividad del sacerdote, que tiene en el ideal ascético su fe y la razón de su existencia, además de ser el medio de su poder, tiene por objeto y como materia de su trabajo la enfermedad de la mala conciencia y el resentimiento que de ella brota. La casta sacerdotal, desde el principio insana pero no menos impulsada por el afán de dominio que su antagonista, la aristocracia guerrera, descubre en el rebaño y en la enfermedad el instrumento de su hegemonía. Para proteger al rebaño de sí mismo y de los señores, y para contagiar y pudrir la buena constitución de éstos, inoculándoles el sentimiento de culpa y la vergüenza por ser lo que son, su acción genial consiste en dar una nueva orientación a la dirección del resentimiento, al dirigirlo a uno mismo y no al otro gracias a la reinterpretación de la mala conciencia como culpa y como pecado: la causa de mi sufrimiento no se encuentra en la enfermedad fisiológica, en la fatiga, en la debilidad, en la degeneración, sino en mi condición de culpable, en mí mismo como ser libre, como hijo desobediente de Dios y de todo lo que representa. El sacerdote es el ilusionista que sustituye la causalidad natural por otra ficticia, que interpreta las cosas de modo religioso y moral para calmar el dolor dándole un sentido, una determinada interpretación, a saber, el ideal ascético, un poderoso paliativo que hace soportable la vida y la conserva a costa de enfermarla todavía más, de minarla, de debilitarla, de socavar sus raíces más profundas, a costa, en definitiva, de negarla. Ya se sabe: vivir a cualquier precio y a costa de todo y de todos, incluso de la vida misma, pues «el hombre prefiere querer *la nada* a *no querer...*»¹⁶.

Sin embargo, si la perspectiva no es la génesis del hombre, sino las fuerzas y los acontecimientos en los que se encuentra la clave o las claves del origen y la evolución de la historia de la humanidad o, dicho con otras palabras, del proceso civilizatorio bajo el que se ha formado ('domesticado', nos dice Nietzsche) el hombre, el «Segundo tratado» y los conceptos de 'conciencia' y 'mala conciencia' pierden su lugar central en el análisis genealógico y dejan ese espacio protagonista a los otros dos tratados, a los conceptos de resentimiento e ideal ascético, al tipo sacerdotal y al fenómeno capital del cristianismo. El salto de la prehistoria a la historia supone la aparición de civilizaciones complejas y del Estado: así como para el joven Nietzsche sin el Estado no es posible la existencia de una sociedad compleja y materialmente desarrollada y, en consecuencia, de la cultura¹⁷, ahora, sin el Estado, no es posible el

¹⁶ GM, KSA V 412.

¹⁷ Cf. CV, KSA I 769.

proceso histórico que ha impreso su forma al hombre. Para Nietzsche el hombre es el animal enfermo (las razones de su enfermedad: la mala conciencia); y por ello, hay que añadir, «la tierra es el astro auténticamente ascético»¹⁸. Si nos la tenemos que ver con la historia de la humanidad o con la educación del género humano, el sacerdote y su arma más poderosa, el ideal ascético, son los ineludibles referentes con los que tenemos que contar. El ideal ascético es la estructura profunda que ha sostenido e impulsado el proceso civilizatorio del ser humano, el fundamento de la domesticación y 'mejoramiento' del hombre, la raíz de la que se nutren los más grandes logros del espíritu, el único fármaco del que ha dispuesto hasta ahora la humanidad para su dolencia, droga que la cura en la medida en que la enferma todavía más. El secreto de su abominable poder y su triunfo absoluto en la historia radica en el hecho de que él ha sido el único sentido que hasta ahora se ha dado al sufrimiento, la única justificación de la vida por medio, siempre, de su negación, la exclusiva salvación de la voluntad humana al precio de convertirse en voluntad de nada. El ideal ascético, como nada, como Dios, es un «compacto sistema de voluntad, meta e interpretación»¹⁹: expresa una voluntad negativa (voluntad de nada, voluntad de verdad, voluntad de venganza) y contiene una valoración de la vida que opone al único mundo existente un ficticio mundo verdadero cuyos atributos, en su totalidad, le niegan de parte a parte. Y su origen, su verdadero sentido que ha de quedar oculto bajo una multiplicidad de máscaras para ser efectivo no es otro que el ser un medio de la conservación de la vida enferma, del «instinto de protección y de salud de una vida que degenera, la cual procura conservarse con todos los medios, y lucha por conservarse»²⁰.

El indiscutible predominio del ideal ascético en la historia, consecuencia del interés de la misma vida (enferma) en su autoconservación, es el indicio de la verdad fatal que desvela Nietzsche en *El Anticristo*: que todos los valores supremos de la humanidad son valores de la decadencia, valores nihilistas²¹. Y el sacerdote ascético, que tiene en este ideal su interés supremo y la justificación de su existencia y su poder, se convierte en el gran educador de la humanidad, en el maestro del hombre, en el tipo responsable de la formación (*Bildung*) del ser humano. Todo está impregnado por su magisterio, nada escapa a su influencia. En la trastienda del artista, del filósofo, del erudito o

¹⁸ GM, KSA V 362.

¹⁹ GM, KSA V 396.

²⁰ GM, KSA V 366.

²¹ Cf. AC, KSAVI 172.

del científico trabaja con discreción el sacerdote ascético. Incluso por las venas de Zaratustra corre la sangre del sacerdote y, aunque enemigo suyo, para él pide el respeto que se merece²². A la hegemonía del sacerdote corresponde la del ideal ascético: como nos muestra en el «Tercer tratado» de *La genealogía de la moral*, el arte, la filosofía e incluso la ciencia lo presuponen y de él reciben su justificación. El ‘caso Wagner’ es un ejemplo modélico de la sumisión del arte y de los artistas a los poderes y las ideas dominantes, una servidumbre que prostituye la condición de aquella manifestación cultural que debería haber sido y deberá ser el antagonista natural del ideal ascético²³. La situación de la filosofía ni ha sido ni es mejor que la del arte respecto al dominio ejercido por el ideal y el sacerdote ascéticos. El filósofo es un vástago de *la* estirpe sacerdotal, un ser híbrido, medio sacerdote, medio ‘pensador’, un teólogo encubierto la mayor parte de las veces, que, independientemente de su afinidad constitutiva (como la del científico) con el tipo ascético, sólo ha podido existir y desarrollarse bajo el disfraz ascético, máscara que ha terminado por fundirse con su piel, dejando marcas profundas e indelebles en su rostro. De ahí que la filosofía (metafísica) ha sido, es y continua siendo en sus líneas dominantes *ancilla* de la teología y de la moral, ante lo cual la sabiduría dionisiaca, en tanto que ‘filosofía del futuro’, pretende ser la respuesta afirmativa a la pregunta de si se dan las condiciones para que la filosofía y el filósofo sean a partir de ahora posibles sobre la tierra. El cristianismo puede ser entendido por Nietzsche como ‘platonismo para el pueblo’, pero éste tiene tras de sí una historia religiosa dominada por el sacerdote: «*el sacerdote ascético* ha constituido, hasta la época más reciente, la repugnante y sombría forma larvaria, única bajo la cual le fue permitido a la filosofía vivir y andar rodando de un sitio para otro...»²⁴. Y respecto a la ciencia, la apreciación de Nietzsche logra la profundidad necesaria para deshacer malentendidos y denunciar mistificaciones: la ciencia no puede enfrentarse al ideal ascético porque la ciencia, si es verdaderamente tal, no crea valores, no genera ‘ideales’ que luchen contra otros ideales; y en la medida que los necesita para su justificación, desarrollo y, en la época moderna, para su predominio, la ciencia se apoya y recibe su fuerza del

²² Cf. Za, KSA IV 117.

²³ «Los artistas han sido en todas las épocas los ayudados de cámara de una moral, o de una filosofía, o de una religión» GM, KSA V 344. Si se identifica poetas y artistas, cf. también FW, KSA III 371; y Za, KSA IV 163-166.

²⁴ GM, KSA V 360-361. Para la dependencia del filósofo y de la filosofía del sacerdote y de la moral religiosa y la teología, cf. M, KSA III 13; FW, KSA III 494-495; y AC, KSA VI 174-177. Sobre este asunto, cf. Valadier, P., op. cit., pp. 183-189.

ideal ascético, pues como pasión, como fe, como creencia, como esperanza, como posibilidad de salvación, asume y hace suyo el íntimo núcleo de ese ideal, a saber: el carácter divino, metafísico, de la verdad, su valor en sí; la existencia de un 'mundo verdadero' incuestionado e incuestionable, que está por encima de toda crítica, como el viejo Dios, y que se opone, negándolo, al mundo aparente (el único verdaderamente existente)²⁵. ¿La ciencia como el enemigo y el aniquilador del ideal ascético? En absoluto: los presupuestos metafísicos y morales de los que hasta ahora ha dependido, aquello que ya en *El nacimiento de la tragedia* identificaba y denominaba «el espíritu de la ciencia»²⁶, son ascéticos en todo su ser.

Para Nietzsche, el ideal ascético es la matriz cultural del género humano, razón por la cual todas las egregias producciones de su espíritu, todo aquello que le hace sentirse orgulloso, que inflama su *ego* y le coloca en el centro del Universo, encuentran en ella su asiento y de ella dependen. Y en Occidente esta matriz cultural adopta una configuración concreta que determina la pauta del desarrollo de su historia y de su civilización: el cristianismo. Éste y, en términos generales, la religión judeo-cristiana, es el fenómeno determinante tanto de la moral occidental como, sobre todo, del significado de la historia de Occidente. Si el nihilismo, como lógica de la decadencia, es también la lógica de la Historia Universal y su motor, la forma occidental de la lógica nihilista es el cristianismo. El «Primer tratado» de *La genealogía de la moral* nos muestra cómo la derrota de los valores aristocráticos (bueno/malo) por la de los esclavos de la moral (bueno/malvado) es el acontecimiento que impone la estructura de la moral en Occidente: todos los códigos morales dominantes en su historia son variaciones de aquella estructura. Concentradas y organizadas por la casta sacerdotal, las fuerzas reactivas, que surgen de la impotencia, la debilidad y la enfermedad, acaban por vencer, y el resentimiento, por primera vez, es capaz de crear y producir una interpretación moral de la existencia que le justifica y que condena a las naturalezas afirmativas, a la fortaleza y la salud del cuerpo aristocrático: «La rebelión de los esclavos de la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores [...]. Mientras que toda moral noble nace de un triunfante sí dicho a sí mismo, la moral de los esclavos dice no, ya de antemano, a un 'fuera', a un 'otro', a un 'no-yo'; y ese no es lo que constituye su acción creadora»²⁷. Los 'chándalas' de los que habla en *El Anticristo* toman el poder,

²⁵ Cf. GM, KSA V 396-404.

²⁶ GT, KSA I 111.

²⁷ GM, KSA V 270-271.

y el sacerdote es el gran estratega que les conduce a la victoria: gracias a él la negatividad de la voluntad de poder, dirigida con astucia contra su manifestación afirmativa, marcará el paso de la civilización occidental. El 'noble', el 'aristócrata' y sus valores y su interpretación del mundo, cede el lugar predominante al sacerdote judeo-cristiano y todo lo que él arrastra consigo. El espíritu y la voluntad de venganza, el rencor universal contra la vida, es el secreto de la moral cristiana que se apodera del mundo occidental y que se interpreta como la gran fatalidad para Occidente, aunque también, quizá, albergue en su seno la posibilidad de una futura redención. La lucha entre la nobleza afirmativa y el sacerdote calumniador de la vida, así como el triunfo del último (o lo que es lo mismo: el combate entre las dos formas de vida y las valoraciones morales que las expresan y las sostienen, así como el predominio histórico de la concepción judeo-cristiana), es representada por Nietzsche como la colisión entre Judea (cristianismo) y Roma (ideal clásico) y la derrota de ésta. Judea frente a Roma y Roma frente a Judea: éste es el símbolo que expresa el acontecimiento fundamental de nuestra historia, el principio de su inteligibilidad²⁸.

En *El nacimiento de la tragedia*, la Grecia trágica amada por Nietzsche, pueblo en el que se produjo por única y milagrosa vez la perfecta alianza entre Apolo y Dioniso, se sitúa entre Roma e India, entre el Imperio y el budismo, entre el dominio incondicional de los instintos políticos y la disciplina ascética como defensa ante la embestida brutal y no mediada de las potencias dionisiacas²⁹. El Imperio romano es un elemento más de la serie histórica que tiene su origen en Sócrates, «un punto de inflexión y un vértice de la denominada historia universal»³⁰. La historia de Occidente se interpreta como el desarrollo progresivo de una de las dos fuerzas que, victoriosa, determina el curso de la civilización occidental: aquella gestada por Sócrates, es decir, el hombre teórico, la consideración teórica del mundo, la cultura socrático-alejandrina. La otra, el hombre trágico, la cultura trágica, la potencia apolíneo-dionisiaca, va siendo paulatinamente debilitada, reprimida y arrojada al inframundo de la sociedad. Occidente es el despliegue arrollador y hegemónico de todo lo que significa Sócrates y la cultura socrática: racionalismo, optimismo, universalismo. Entre el origen socrático y la modernidad, vástago tardío y plena realización de la cultura socrático-alejandrina que significa su autoaniquilación como cultura, la

²⁸ Cf. GM, KSA V 285-288.

²⁹ Cf. GT, KSA I 133-134.

³⁰ GT, KSA I 100.

secuencia reconstruida es como sigue: la Ilustración ateniense y el 'proyecto imperial' de la Atenas clásica; Platón, Aristóteles, Alejandro y su fugaz Imperio y la filosofía helenística; Roma y la cultura convencional representada por Cicerón; el Renacimiento y su cultura humanista; y, finalmente, la Ilustración y su máximo exponente, Rousseau. Llama la atención la diferente valoración de los acontecimientos determinantes de la historia de Occidente entre el 'joven' Nietzsche y el 'maduro', el pensador a partir de *Así habló Zaratustra*. La causa de la diferencia estriba en las dos concepciones distintas del ser de Occidente y su historia que nos muestra: mientras que el autor de *El nacimiento de la tragedia* y de al menos las tres primeras *Intempestivas* considera que el desarrollo de la civilización occidental es un proceso de progresiva ilustración, de progresiva realización de la cultura socrático-alejandrina, desde *Humano, demasiado humano*, Nietzsche, paulatinamente, va concibiendo al cristianismo como el fundamento de Occidente, de su historia y de su civilización, como el acontecimiento en el que está escrito su *fatum* y su fatalidad. Ahora no sólo se rellena el enorme hueco que había entre Roma y el Renacimiento en su primera interpretación de la historia occidental, sino que, y esto es más importante, Sócrates es desplazado por san Pablo y, como antítesis del cristianismo y potencia perdedora, Grecia deja su lugar a Roma. Ésta pasa de ser un Estado bárbaro, hipertrofiado, que somete la cultura rebajándola a simple instrumento del poder político³¹, a «la forma más grandiosa de organización en condiciones difíciles alcanzada hasta ahora, en comparación con la cual todo lo anterior, todo lo posterior es un fragmento, una chapuza, un diletantismo»³².

Se puede poner un ejemplo para apreciar mejor el contraste manifiesto entre sus dos interpretaciones de la historia de Occidente: me refiero al sentido y al valor que atribuye a la Reforma y, concretamente, al luteranismo. A pesar de que la Reforma es contemplada en sus primeras obras como el más poderoso factor de desintegración de la unidad cultural de rango universal que supuso la Iglesia en el mundo medieval³³, en el caso de la Reforma alemana y de la figura de Lutero su valoración es positiva. La razón de tal juicio estriba en que en esa época Nietzsche interpreta el movimiento reformista alemán como una manifestación más, junto al arte (Wagner) y la filosofía (Schopenhauer), del abismal fondo dionisiaco del espíritu alemán que pugna por liberarse de la esclavitud que le ha sido impuesta por la cultura socrático-

³¹ Cf. KSA VII 147 y 149.

³² AC, KSA VI 245-246.

³³ Cf. SE, KSA I 367-368.

alejandrina, resurgida en el Renacimiento y consumada en la modernidad por la cultura de la Ilustración³⁴. En sus escritos posteriores, la valoración del fenómeno se invierte y cambia su sentido: Lutero y la Reforma es un acontecimiento desastroso porque significa la prolongación e intensificación de la decadencia cristiana. Su victoria frente al Renacimiento, ahora valorado positivamente, abortó el intento de llevar a cabo una transvaloración de los valores cristianos, de imponer unos contra-valores aristocráticos; su ataque a la Iglesia romana revitalizó un cristianismo herido de muerte por la propia Iglesia, destruyó el único principio jerárquico existente y reforzó el dominio del ideal ascético; finalmente, su espíritu alimentó inconscientemente a todos aquellos movimientos reactivos que, desprendidos de la cobertura teológica, configuraron un sistema de valores (individualismo, *vita activa*, divinización del trabajo y del lucro personal, igualitarismo democrático, etc.) mediante los cuales se garantizaba la continuación y el aumento del dominio de la moral de esclavos. La Reforma, en definitiva, aparece como un acontecimiento más de la historia del nihilismo, de la historia del hombre occidental cuyo motor es la voluntad de nada³⁵, y no como un signo añadido de la esencia dionisiaca del pueblo alemán.

En Europa, en Occidente, ¿cómo aparece en la época moderna el nihilismo, «el más inquietante de todos los huéspedes»? Una de las más célebres definiciones que del mismo nos da Nietzsche nos lo dice: «¿Qué significa el nihilismo? – *que los valores supremos se desvalorizan*»³⁶. ¿Y dónde se encuentra el origen del nihilismo en el caso de Occidente? Para evitar confusiones, se expresa con claridad en la interpretación cristiano-moral de la vida³⁷. Si la historia de Occidente –en realidad, la Historia Universal– es nihilista, siendo la lógica de la negación de la vida lo que constituye su principio y la fuerza fundamental que la impulsa, lo es porque su estructura profunda es la voluntad y la interpretación contenidas en el ideal ascético, que tiene como horizonte la enfermedad del hombre histórico. ‘Dios’, ‘Verdad’, ‘Ser’, ‘Razón’, ‘el Bien y lo Bello en sí’..., todas estas palabras significan la

³⁴ Cf. GT, KSA I 147; KSA VII 413, 645, 717-718 y 774; y KSA VIII 47.

³⁵ Sobre esta interpretación de la Reforma, cf. FW, KSA III 602-605; AC, KSA VI 250-252; y EH, KSA VI 358-360.

³⁶ KSA XII 350.

³⁷ «Punto de partida: es un *error* remitir A ‘los estados de penuria social’, A las ‘degeneraciones fisiológicas’ o incluso A la corrupción como causa del nihilismo. Todo ello es aún susceptible de interpretaciones totalmente distintas. El nihilismo se encuentra, por el contrario, en una *interpretación totalmente determinada*, en la interpretación cristiano-moral» KSA XII 125.

nada del ideal ascético que es proyectado por la voluntad de poder enferma para su conservación y para la lucha por la hegemonía. Ya desde un principio los 'valores supremos' bajo los que ha crecido el hombre eran nihilistas en su raíz. Este originario 'nihilismo negativo'³⁸, constitutivo de las distintas fases por las que pasa el nihilismo y presupuesto necesario de los diferentes tipos y significados del mismo mencionados por Nietzsche ('nihilismo pasivo', 'activo', 'incompleto', 'clásico', etc.), se sostiene en la fe en la nada, en la creencia en lo inexistente, en 'otro mundo', en la pasión por un mundo irreal, ficticio, que pasa por verdadero y que denigra el único existente, en la mentira inconsciente que se piensa como verdad, como 'la' verdad que calumnia la vida, la naturaleza, el cuerpo, 'lo que somos'... El lema de esta forma fundamental del nihilismo de la que emanan todas las demás de acuerdo con una lógica inevitable y perversa bien puede rezar como sigue: *lo que debe ser no es; lo que es, no debe ser*. O, si queremos expresarlo filosóficamente: «Lo que es *no deviene*; lo que deviene *no es...*»³⁹. Porque los valores bajo los que el hombre en general y el hombre occidental en particular se ha educado y ha estructurado su mundo remiten en su totalidad al ideal ascético, a esa 'nada' por la que los valores valen, porque en este sentido son nihilistas, es nihilismo la desvalorización de los valores supremos, el momento en la época moderna en el que el nihilismo cobra consciencia de sí, en que la mentira de las palabras 'Dios', 'Ser', 'Verdad' y 'Razón' no se puede ocultar por más tiempo y se sabe ya como mentira: «Yo soy el primero que ha *descubierto* la verdad, debido a que he sido el primero en sentir –en oler– la mentira como mentira...»⁴⁰. Desvelado el secreto del ideal ascético y de la moral cristiana en la que se encarna como acontecimiento decisivo en Occidente, se producen dos consecuencias, ambas nihilistas: o acabamos con el ídolo que hemos venerado (Dios, mundo verdadero) o con nosotros mismos. Dios ha muerto porque los hijos que creó a su imagen y semejanza por fuerza han de matarlo cuando alcancen la mayoría de edad y descubran lo que en realidad significa.

El nihilismo occidental es el cristianismo, la forma histórica que en Europa toma el ideal ascético. Su lógica es una peculiar dialéctica que interpreta, marcando la pauta, el desarrollo histórico de Occidente: sus orígenes, su

³⁸ Esta afortunada denominación de este tipo de nihilismo, matriz histórica de todos los demás, no es de Nietzsche, sino de G. Deleuze: cf. *Nietzsche y la filosofía*, tr. C. Artal, Barcelona: Anagrama, 1986, p. 209.

³⁹ GD, KSA VI 74.

⁴⁰ EH, KSA VI 366. O también: «Todo lo que hasta ahora se llamó 'verdad' ha sido reconocido como la forma más nociva, más pérfida, más subterránea de la mentira» EH, KSA VI 373.

necesidad, su final. A fuerza de ser cristianos no le queda a uno más remedio que dejar de serlo. Marcado por una negatividad constitutiva, el cristianismo como dogma acaba siendo suprimido por la moral que produce, basada en la veracidad, en decir la verdad a cualquier precio, en el valor absoluto de la 'conciencia'. En tanto que cristiana, la historia de Occidente se revela como un juego de ironías que ha de terminar en el desastre, como el desarrollo de una contradicción decisiva entre las creencias y los valores por los que hemos vivido y lo que 'realmente' somos, contradicción cuya revelación es una consecuencia no prevista de la educación fundada en aquellos principios: Dios ha de sucumbir a causa de las fuerzas que desencadena, de la voluntad de verdad y de la moralidad que acompaña a esta voluntad. La conciencia cristiana desarrollada, refinada durante siglos, buscando en todos los sitios, en la naturaleza, en la historia, las evidencias de la bondad y de la acción divinas, convertida en conciencia científica, en probidad intelectual que combate contra la mentira, el engaño, el error, ha de tener como resultado «el ateísmo incondicional y sincero»⁴¹, la negación, al descubrir su naturaleza, de su fundamento (Dios), y, sacando su última y más terrible consecuencia, la negación de sí misma como moral cuando toma conciencia de sí, cuando se descubre como voluntad de poder. La modernidad es la época donde la dialéctica cristiana sale a luz, alcanza su máxima intensidad y estalla en mil pedazos, abriendo la posibilidad de su autosuperación, lo que Nietzsche denomina 'transvaloración de todos los valores', y también, todo hay que decirlo, la del imperio del último hombre. El 'desencantamiento del mundo' de Max Weber, resultado final de lo que caracteriza a la civilización occidental, a saber, el hecho de moverse por una senda de progresiva racionalización⁴², puede ilustrar de un modo ejemplar el acontecimiento de la muerte de Dios tal y como Nietzsche lo entiende, como consecuencia de la dialéctica cristiana misma, como manifestación del nihilismo occidental. Existe una evidente homología estructural entre la interpretación que hace de la historia de Occidente en su juventud y en su madurez, cambiando la identidad de los 'sujetos' de la misma en ambos casos. En *El nacimiento de la tragedia*, es el despliegue de la cultura socrático-alejandrina quien juega un papel determinante en esta historia: el 'mito de la Razón', fundamento

⁴¹ GM, KSA V 409. Sobre la lógica de la negación del nihilismo cristiano como 'principio' que rige el proceso histórico de Occidente, cf. FW, KSA III 509-600; KSA XI 625-626; KSA XII 125-127, 211-217 y 571; KSA XIII 189-190.

⁴² Cf. Weber, M., *Ensayos sobre la Sociología de la Religión*, tr. J. Almaraz y J. Carabaña, Madrid: Taurus, 1984, pp. 11-20.

de esta cultura, acaba necesariamente, en virtud del desarrollo y encarnación progresiva de la racionalidad en el mundo, por aniquilar todo mito, incluso a sí mismo y a la cultura que sostiene. A partir de *Así habló Zaratustra*, es el cristianismo, como forma del ideal ascético, el principal protagonista: Dios o la interpretación cristiana del mundo, terminan también sucumbiendo a causa la conciencia moral que incuba en su seno y desarrolla, moral que seguirá el mismo camino que su Dios cuando, a causa de su hipertrofia, la voluntad de verdad toma conciencia de sí misma como voluntad de poder y nada más que voluntad de poder. Y en ambos casos, en el final del proceso, se impone la decisión ante una alternativa en la que se juega el sentido de la historia de Occidente y la posibilidad de su autosuperación: la barbarie o el renacimiento de una cultura trágica en su juventud; en su madurez, el último hombre o el *Übermensch*.

De ser silenciado pasa el cristianismo en la obra de Nietzsche a convertirse en el acontecimiento omnipresente de Occidente. La historia de Europa es la del cristianismo, pues la concepción cristiana del mundo palpita de múltiples formas bajo la pauta de su desarrollo, bajo muchos de los fenómenos y de las situaciones que componen la historia occidental, incluso los más lejanos y opuestos a su naturaleza. Sólo en apariencia la modernidad es anti-cristiana: en ella, la ciencia, la política, la cultura, son ascéticas o consecuencia del ideal ascético, no son verdaderamente inteligibles si no las ubicamos bajo el horizonte del poder de ese ideal, y en esa medida mantienen una relación de dependencia, en mayor o menor grado, con el cristianismo, pues éste es la forma histórica fundamental que presenta el ideal ascético en Occidente. Por ello la filosofía dionisiaca buscada por Nietzsche, la que debería ser la primera filosofía no infectada por el ideal ascético y no condicionada por el magisterio del sacerdote, tiene como enemigo supremo con quien no cabe paz alguna, ni tregua, ni acuerdo ni posibilidad de coexistencia, menos aún de convivencia, al cristianismo, el más poderoso e influyente corruptor del hombre. Con el cristianismo sólo cabe una guerra a muerte. La fórmula con la que finaliza *Ecce homo* expresa perfectamente no sólo esta hostilidad imposible de aplacar, sino en gran medida el sentido último de un proyecto filosófico que quedó inacabado: «¿Se me ha comprendido? – *Dioniso contra el Crucificado...*»⁴³

⁴³ EH, KSA VI 374.

